

Homenaje a Carlos Amaya

Octubre 13 de 2017

<Saludo protocolario>

En Marruecos, hay una vieja historia que dice que cada mañana la gacela se despierta con angustia pensando que debe correr más rápido que la más veloz de las leonas para no ser devorada. Y cada mañana, la leona se despierta pensando con angustia que debe correr más rápido que la más lenta de las gacelas para que sus cachorros no mueran de hambre. Pareciera que la moraleja inmediata de esta historia es que debemos correr todo el tiempo. Desafortunadamente esta es una de las características de nuestra modernidad, probablemente derivada de la creencia generalizada de que en esta época “tener más es mejor” o de su corolario que sugiere que “debemos ir más rápido”.

Tal vez el origen de esta tendencia en occidente tiene que ver con la revolución industrial. La máquina de vapor no solo incrementó exponencialmente la capacidad de producción de las nacientes empresas, sino que sirvió como referente para asociar, de manera equivocada, el desarrollo tecnológico con la idea de optimización. Por supuesto que optimizar procesos no está mal, a menos que al hacerlo se afecten las relaciones interpersonales o la calidad de vida de los individuos.

Un ejemplo de deterioro de la calidad de vida fue la aparición de las comidas rápidas en los años 50 del siglo pasado; y un ejemplo de deterioro de las relaciones interpersonales, como resultado de la idea de optimizar, son las actuales prácticas de atención médica que

privilegian el número de pacientes atendidos por unidad de tiempo al tiempo de atención de cada paciente.

Por su parte, el empleo de las redes sociales y los teléfonos inteligentes, cada vez conquistan mayor tiempo de quienes los utilizan y reducen sustancialmente el tiempo que antes dedicábamos a interactuar cara-a-cara con otros. Nos vemos forzados a expresar nuestras opiniones en no más de 140 caracteres y nuestros estudiantes esperan sintetizar una clase magistral con videoclips de no más de 10 minutos.

En esta angustia que genera la velocidad en que solemos vivir hemos ido abandonando, poco a poco, el placer de una simple conversación. Los desayunos y almuerzos de trabajo también se están tomando estos espacios. Creo que debemos empezar a recuperarlos, no solo por salud mental, sino sobre todo como forma de construir relaciones personales que permitan ir más allá de los encuentros profesionales.

En la vida académica es común el debate y los espacios para convencer en lugar de encuentros para conversar. Convencer busca, en cierto sentido, “vencer al otro”, mientras que “conversar” pretende “versar con el otro”.

Por esta razón, los coloquios regulares con invitados externos, el seminario quincenal sobre vocación docente con los profesores(as) asistentes, las reuniones mensuales con los profesores(as) titulares, los conversatorios bimensuales sobre la Paz con estudiantes, los encuentros cada cuatro semanas con las profesoras para abordar temas de género, y homenajes como el que hoy nos convoca,

emergen de un esfuerzo colectivo por recuperar estos espacios de conversación en la Facultad.

Cada espacio tiene un propósito general que invita a quienes deseen participar. Los coloquios buscan explorar nuevas ideas y apreciar experiencias novedosas de formación de ingenieros; el seminario pretende ser un espacio para que los jóvenes profesores(as) compartan con otros colegas sus angustias, expectativas y logros en su práctica docente; las reuniones con los titulares permiten diseñar futuribles, es decir, soñar y diseñar futuros posibles para la Facultad; los conversatorios con estudiantes los ayuda a desarrollar una mejor conciencia del ser ciudadanos; los encuentros con las profesoras nos permiten comprender y actuar para disminuir las diferencias de género, y los homenajes como este, nos permiten expresar nuestra gratitud a quienes fueron personas claves en el desarrollo de la Facultad; y en esta ocasión es mucho lo que debemos agradecer al doctor Carlos Amaya.

Aunque el doctor Eduardo Aldana se referirá más en detalle a su semblanza, quisiera destacar un solo hecho de significativa importancia de su gestión. Me refiero a su paso por la decanatura de la Facultad. Siendo el tercer decano, después de Eduardo Aldana, asumió la difícil tarea de ejecutar adecuadamente gran parte de los recursos del préstamo del BID y de la donación de la Fundación Ford. Gracias a su excelente gestión, un número importante de profesores obtuvo su doctorado en el exterior y regresó a fortalecer la planta docente de la Facultad. Así mismo, coordinó la construcción del primer edificio de la Facultad incluyendo los primeros laboratorios de última generación de su

época en el país. Estos logros, hicieron posible que la Facultad de Ingeniería tuviera la capacidad suficiente para iniciar su considerable expansión en los siguientes años y, como la Facultad era, en ese momento, el 50% de la Universidad; su gestión terminó marcando el derrotero de los Andes en los siguientes años.

Gracias a su excelente capacidad de gestión, su característico optimismo ante la vida, buen humor y don de gentes, el Doctor Amaya pasó a ocupar el cargo de vice-rector y de rector encargado en una época de difícil ajuste institucional, propia de la adolescencia organizacional de una Universidad que empezaba a forjar su propia identidad. Durante esos años, nuevamente su buen juicio, habilidad y sutileza para construir acuerdos, le permitieron superar los avatares de este crecimiento acelerado de los Andes.

Por todo esto, quienes lo conocieron desde entonces y quienes, sin conocerlo personalmente conocimos de su entrega a esta Universidad, queremos expresarle con este sincero homenaje, nuestra gratitud por una vida dedicada a servir con denuedo y generosidad a los demás.

Felicitaciones Dr. Amaya.

Alfonso Reyes A.

Decano

Facultad de Ingeniería